

La crisis literaria

En la actualidad las letras nacionales sufren una profunda crisis. Por más que la producción literaria sea relativamente abundante y se editen libros y folletos á granel, lo cierto es que la mayor parte de lo que se escribe para el público pertenece á ese género de literatura incolora y casi innocua, que es el síntoma más característico de la decadencia intelectual de un país.

Los florecimientos literarios ó artísticos no se rigen por la cantidad de la producción, sino por la calidad; á veces basta uno ó dos nombres para llenar una época. El renacimiento italiano no dejaría de serlo porque no hubieran existido los artistas contemporáneos de Buonarrotti, Rafael y Leonardo; y Víctor Hugo, Musset y Vigny, hubieran bastado para marcar esa extraordinaria etapa romántica que recorrió la literatura francesa en el último siglo.

Precisamente los grandes renacimientos del espíritu humano se han agostado cuando los tipos representativos de que hablan Carlyle y Taine, fueron sustituidos por la turba multa, por la *aurea medeocritas* de la literatura y el arte. El romanticismo murió de anemia deformado por los mediocres discípulos de Víctor Hugo que solo aprendieron de la doctrina del maestro á « echar sobre la nada el manto de un discurso resplandeciente ». Al naturalismo están concluyendo de enterrarlo los pedestres imitadores de Flaubert y Zola, y la fórmula decadente que en Beaudeauire y Verlaine halló una nota profundamente original murió de hipertrofia lírica en los *cabarets* de Montmartre y el Barrio Latino, intoxicada por el ajeno y la morfina.

Entre nosotros si bien esos tipos representativos apenas han existido, ha habido, en cambio, dentro de cada época, aun en los tiempos de mayores dificultades para el desenvolvimiento de las fuerzas del país, representantes bien caracterizados del pensamiento nacional.

Aunque sin grandes relieves ni líneas complicadas, la literatura ha existido siempre entre nosotros como entidad de conjunto, aun cuando ella fuera simple y primitiva. Dentro de ella siempre se han podido definir tendencias y caracteres y la mejor prueba de que ha existido como cuerpo organizado es que tambien aquí hemos tenido nuestras luchas entre clásicos, románticos y decadentes.

En épocas bien recientes éstas interesaron vivamente al público que siguió su desarrollo con curiosidad. Los grupos literarios adquirieron entonces carácter propio y algunos hasta programa como las sectas de 1830.

No tuvimos aquí las famosas representaciones del « Cromwell », ni Teófilo Gauthier con su chaleco rojo y su melena romántica proclamó á los artistas, ni se gritó « muera Racine », pero en cambio se realizaron interesantes justas literarias, se fundaron revistas, se hizo crítica y polémica, los diarios consagraron espacio á los escritores locales, se tradujeron y comentaron los poetas franceses, se descubrieron las nuevas orientaciones estéticas, se hizo prosa y verso decadentes y el público se interesó por los escritores y poetas y por sus artículos y sus versos.

No tenemos que recurrir á recuerdos muy lejanos para hallar el carácter de la literatura nacional; no es necesario recordar las justas literarias de la Defensa que son para nosotros algo así como las canciones de gesta y los poemas de la *Tabla Redonda*, ni la corte de escritores y poetas que con Magariños Cervantes, Fermín Ferreira y Artigas, los Fajardo, Lapuente y diez más llenaron el ciclo romántico de 1850 á 1880; ni las famosas campañas del Ateneo en que Juan Carlos Blanco renovaba la oratoria local con su hermoso gesto de artista y hablaba por primera vez de la novela experimental; Gonzalo Ramírez revelaba á Darwin, á Haeckel y á Spencer; Luis Melián Lafinur estudiaba en público la psicología shakespeareana; Carlos María Ramírez hacía novelas y hablaba de pedagogía y derecho constitucional; su hermano José Pedro estudiaba la doctrina de Cristo y polemizaba sobre los orígenes históricos del Uruguay; Zorrilla de San Martín daba el molde de la poesía americana con « Tabaré »; Acevedo Díaz creaba la novela nativa; Daniel Muñoz iniciaba un género literario lleno de color local y daba una excelente fórmula crítica; Roxlo cantaba á los bosques y á los pájaros; Rafael Fraguero, el niño sublime, el dramaturgo de 16 años, traía desde las riberas del Rhin el germanismo de Heine; Bauzá [legaba el monumento de su obra histórica, y los ardientes cruzados de los principios liberales y católicos se batían en la tribuna como los antiguos teólogos hablando de filosofía, de historia, de arte y de literatura.

Aún posteriormente, el espíritu literario floreció vigorosamente. Nadie habrá olvidado los buenos tiempos de la *Revista Nacional*, aquella hermosa academia ática, presidida por Rodó, Pérez Petit y los Martínez Vigil, que allá por los años 1895 á 1897, llenó una página interesantísima de la historia literaria del Uruguay; ni los famosos balances literarios de Pérez Petit que tanto depuraron el ambiente, ni la excelente crítica de Eduardo Ferreira, que como Sainte Beuve, tuvo su lunes de arte, durante largos años; ni la hermosa revista de Herrera y Reissig, que tuvo algo de « La Cravache » de Paul Adam y reveló en estas tierras el evangelio decadente, produciendo una verdadera revolución en el gusto literario; ni la revista *La Alborada* de Constancio Vigil; ni el *Rojo y Blanco* de Blixen y Fernandez y Medina; ni los numerosos periódicos independientes, órganos de pequeñas capillas literarias á lo Sar Peladán, cuya breve vida, poco después de extinguirse, retoñaba de nuevo.

Aún en los umbrales del nuevo siglo, después de 1900, Carlos Rey-

les, Javier de Viana, Rodó, Perez Petit, Gimenez Pastor y otros, publicaron novelas, cuentos y páginas de crítica y prepararon una evolución literaria que desgraciadamente se detuvo en su primer ciclo.

Todos esos escritores y poetas apenas escriben ya; Blixen, el más admirable de nuestros literatos, el espíritu más ático y flexible de su época, ha enmudecido para siempre y ya no derrochará en las columnas de la prensa, la savia de su talento crítico. Otros ó han emigrado, ó no escriben, ó escriben con grandes intermitencias: pero todos ellos han perdido el espíritu de solidaridad; la literatura que hacen, adolece de violento personalismo; no existe el lazo común que los una, ni la orientación que los regimiente y discipline, ni la finalidad colectiva que dé á sus obras el caracter de arte nacional.

Falta, pues, en la producción local del presente, ese espíritu de solidaridad, la unidad, en una palabra que es lo que dá caracter de permanencia y solidez á las literaturas nacionales. Esta falta de armonía en la producción que se manifiesta en la anarquía de las ideas y en la desorientación de los espíritus, se ha agravado con la entrada en la vida de la nueva generación literaria que se ha formado sin escuela, ni disciplina, ni tradiciones, ni guías, ni control crítico.

La ausencia de la producción razonada y lógica, que ha dado por resultado la huelga absoluta de la crítica, ha favorecido la irrupción de jóvenes escritores y poetas furtivos, que á la sombra de la impunidad literaria, y sin conciencia de la responsabilidad intelectual, se han lanzado á una producción febril y sin tasa. De esa manera, se ha infeccionado el ambiente con una literatura híbrida y sin carácter, que pervierte el gusto, desvía los fines y hace que el oficio de escritor caiga en descrédito.

Cada cual escribe al azar de la inspiración personal, bastando el menor estímulo de la vanidad para que el ensayo realizado en la intimidad con timidez, se convierta en artículo de diario, folleto ó libro.

Esta producción híbrida é incolora, es un nuevo y poderoso elemento de disolución. Si no existe la solidaridad literaria entre los buenos escritores que reconocen tradiciones comunes y cuyas obras se encerraron alguna vez dentro de la pauta colectiva, mal puede haberla entre estos pequeños improvisados, turba de prosistas y poetas, que recuerda á los insoportables retóricos que precipitaron la poesía latina en la decadencia y el ridículo.


Así, su obra es primitiva y casi bárbara, como la de los pintores góticos primitivos, que traducían todavía los modelos bizantinos. Imitan modelos, repiten lugares comunes, traducen lecturas, balbucean toscamente ó se afanan como los discípulos de Borromini en sustituir las formas nobles y sencillas por las líneas bastardas y groseras de la invención personal.

La ausencia casi total de producción verdaderamente literaria, la sustitución de aquella, por esta mercancía bastarda, nos ha llevado á una lamentable decadencia que en los últimos tiempos ha adqui-

rido caracteres agudos. Solo una gran campaña crítica puede detener esta depravación del gusto literario. Pero aún así, depurado el ambiente, habría que realizar aún una obra de conjunto considerable. Para que la literatura nacional recobre sus rasgos característicos, debilitados y casi perdidos hoy, y alcance nuevamente la unidad, habría que estimular la buena producción, regimenterla, darle carácter de entidad colectiva y buscar al escritor, al crítico ó al poeta capaz de orientarla y darle impulso definitivo.

Pero esta disquisición crítica, tan rica en puntos de vista se hace demasiado larga y en otro artículo examinaré lo que podría llamarse factores negativos de la crisis literaria.

Raúl Montero Bustamante.



Germinal

(Para Eugenio Martínez Thedy.)

Como arrogante mole de granito
Que impávida á los vientos desafía ;
Como la omnipotente tiranía
Sorda á todo clamor y á todo grito ;

La ley del dogma, la virtud del rito
y el eco de sagrada letanía,
Fueron, en infecunda cofradía :
Huerto inviolable, tálamo proscrito.

Pero todo germina. La montaña
Del prejuicio, que cruge y tambalea,
Sentirá palpitar la oscura entraña ;
Y como una vestal que cae vencida :
Al beso luminoso de la idea
Fecundará en el templo de la vida...!

Ismael Cortinas.

Montevideo, Agosto de 1909.

